

CAPÍTULO XXX.

DESEMBARQUE DE LAS TROPAS FRANCESAS.—CIVITAVECCHIA.

— SITIO DE ROMA. — SUCESOS NOTABLES.

Los preparativos para la defensa de Roma se hicieron con la mayor rapidez. Se nombraron oradores encargados de gritar en los cafés y en las calles para infundir en el pueblo espíritu patriótico con sus discursos. Para desempeñar estas funciones fueron nombrados José Canonievi, Carlos Ardinini, el Dr. Pedro Guerrini y Seraffino, consejero del departamento.

Por otro decreto se constituyó un comité central de barricadas, del que formaban parte los diputados Caldesi, Cattabeni y Enrique Cernuschi. Entre tanto se hizo circular con gran profusion y por todas partes una proclama que decia así:

«¡Romanos! el 29 de abril de 1848 fue día nefasto para la Italia. El 29 de abril de 1849 lo será de esplendor y de gloria. Entonces la arrepentida mano de un Pontífice al firmar la famosa encíclica arrancó la espada de las manos de la Italia, y arrojó á esta inerme en los hambrientos brazos del extranjero. Hoy, por el contrario, el vigoroso brazo del pueblo recobra otra vez aquella espada, y desasiéndose de los brazos de un extranjero que viene á darle el ósculo de Judas, se prepara á sellar con sangre su juramento pronunciado sobre el altar de la independencia. ¡Oh! sí, los pueblos jamás olvidan ni la gloria ni la infamia: la historia de la patria es el libro de su herencia; á ellos está reservado borrar de aquella las indecorosas páginas de los monarcas. ¡Romanos! la fatal encíclica del 20 de abril es la página mas vergonzosa de nuestra historia: es preciso enmendarla con un hecho glorioso, y el momento se acerca.

«Un Gobierno hipócrita y bastardo ha vestido de sacerdotales divisas un ejército digno de mejor destino, y lo hace avanzar contra nuestros muros.

«¡Romanos! es preciso demostrar á la Europa entera que este pueblo sustraído á la esclavitud de la Tiara es mucho mas noble que los modernos druidas del Cristianismo. Ellos ya no tienen título alguno á nuestra estimacion: los franceses de hoy no son dignos de Roma, si intentan subyugarla nuevamente á los clérigos, á las gentes mas cobardes é inmundas de la tierra, á la voracidad de los mitrados vampiros, á la simonía y torpezas de una corte, en odio del cielo y de los hombres.

«¡Romanos! ¡á las armas! sirvan de obstáculo nuestros cadáveres al francés que viene con el farisáico manto de la traicion. Entre la muerte y los clérigos, la eleccion no debe ser dudosa.

«Roma 29 de abril de 1849.»

Las tropas estaban sobre las armas y los jefes permanecian en sus puestos; en el Capitolio habia hombres apostados para dar la primera señal de alarma con la gran campana, y los triunviros habian ordenado un comité de administracion para el servicio de los heridos, compuesto de las ciudadanas Cristina Tribulze, princesa de Belgiojoso, Enriqueta Pisacane, Julia Paulucci, y de los ciudadanos el P. Gavazzi, el Dr. Pascuali, Pannuzzi, el Dr. Feliciani, Sani, Nenglurini, Vivandi, Savorelli, el Dr. Carlucci, Vannuzzi y Cleter.

No obstante tales preparativos, los pacíficos habitantes de la ciudad y amantes de la paz esperaban que el Gobierno no se empeñaria en una lucha desigual y atrevida, cuyo resultado no podia ponerse en duda, por mas que los arrogantes revolucionarios se jactasen de la seguridad del triunfo.

El 24 la expedicion francesa habia aparecido delante de Civitavecchia. El *Panamá* se adelantó para desembarcar segun las órdenes superiores del comandante de estado mayor, Espivent de La Villeboisnet, ayudante de campo del General en jefe; al capitán Durand de Villers, ayudante del general Regnault de Saint-Jean d'Angely, y á Mr. Latour-d'Auvergne, secretario de legacion. Estos oficiales debian desempeñar la comision de participar al gobernador de la ciudad cuáles eran las intenciones de la Francia, y de entregarle al mismo tiempo la carta siguiente:

«Señor Gobernador: Deseando el Gobierno de la república francesa, en su sincera benevolencia hácia las poblaciones romanas, poner un término á la situacion que sufren hace algunos meses, y facilitar el establecimiento de un orden de cosas igualmente separado de la anarquía de estos últimos tiempos y de los abusos inveterados que antes del advenimiento de Pio IX desolaron los Estados de la Iglesia, ha resuelto enviar á tal objeto un cuerpo de ejército cuyo mando me ha confiado.

«Os ruego que deis las órdenes necesarias para que al saltar en tierra las tropas al momento de su llegada, é insiguiendo lo que me está prescrito, sean recibidas y alojadas como conviene á los aliados llamados á vuestro país con intenciones tan amistosas.

«El general en jefe, representante del pueblo.—Oudinot de Reggio.»

El Gobernador vaciló por un momento, y al fin contestó que nada podia determinar hasta dar parte á su Gobierno de cuanto ocurría, á lo que el comandante Espivent contestó que el General en jefe no podia esperar.

El Consejo municipal de Civitavecchia, y la Junta de comercio, de acuerdo con los oficiales superiores de la ciudad, temiendo con razon las tristes consecuencias que podria tener un retardo forzoso, no solamente decretaron en consejo que tendria lugar desde luego el desembarque, sí que tambien pro-

testaban de antemano contra cualquiera que á ello se opusiese, dirigiendo el siguiente escrito á los jefes de la provincia:

Los magistrados municipales, los miembros del tribunal de comercio y el comandante de la guardia cívica de Civitavecchia, al presidente de la provincia.

«Ciudadano presidente: La escuadra de la república francesa se halla á la vista de nuestro puerto; no desconocemos el objeto que la dirige, objeto amigable y que no debe causarnos la menor zozobra, pues no se propone otra cosa que la conservacion del orden, de la tranquilidad y de la seguridad de los Estados romanos. En la comunicacion que os ha dirigido el comandante de la expedicion os lo manifestó asimismo, y la Francia no puede faltar á los compromisos que por su honor ha contraido á la faz de la Europa entera.

«Conforme á las instrucciones que teneis, pedís algun tiempo para informar á la república de semejante acontecimiento; mas no desconoceréis que las tropas podrian irritarse por las dilaciones, incomodidades y peligros á que el mar las expone, y perder los sentimientos de amistad y fraternidad de que se hallan animadas.

«Nosotros, que conocemos perfectamente los deseos de nuestra poblacion, declaramos que, á nuestro modo de ver, no debe oponerse obstáculo alguno al desembarco de las tropas francesas, no queriendo de ningun modo exponernos á los azares de una guerra que no podria menos de ser temeraria, y protestamos contra cualquiera que intentase comprometer el orden y la tranquilidad interior de esta poblacion.—El gonfaloniero y los anziani.—El vicepresidente y los miembros del tribunal de comercio.—El teniente coronel comandante de la guardia cívica.—Civitavecchia 24 de abril de 1849.»

El 25 á las seis de la mañana el capitán Durand de Villers transmitió al General en jefe la resolucion adoptada por las autoridades de la ciudad. Cinco horas despues la escuadra anclaba á un tiro de fusil del puerto. Las autoridades pasaron á bordo, y en el instante empezó el desembarque.

El General en jefe fue el primero en saltar en tierra. La multitud que llenaba el muelle le recibió entre entusiastas aclamaciones y gritos de ¡Viva la Francia! Al llegar la noche todas las tropas estaban desembarcadas. El día siguiente el general Oudinot dirigió á sus tropas la siguiente proclama digna del bravo y generoso militar que la pronunciaba:

«¡Soldados! La bandera francesa tremola en los fuertes de Civitavecchia. Podíamos efectuar un desembarque á la fuerza, y todas las medidas se habian tomado para asegurar su resultado. Hemos debido inspirarnos en el pensamiento de nuestro Gobierno, el cual, asociado á las generosas ideas de Pro IX, quiere evitar en cuanto le sea posible la efusion de sangre.

«Las autoridades de Civitavecchia, cediendo á los votos de los habitantes, á la primera intimacion os han abierto las puertas de la plaza.

«Ya comprenderéis que semejante acogida nos impone obligaciones, y que por lo mismo haria mas grave toda infraccion de la disciplina. Esta no solamente nos ordena respetar á los pueblos, si que tambien el mantener con ellos benévolas consideraciones.

«La flota dentro pocos dias os traerá un refuerzo considerable. Soldados

del ejército de tierra, me constituyo vuestro intérprete dando las gracias á nuestros hermanos del ejército de mar, á cuyo poderoso concurso debemos el éxito de nuestra primera expedicion.

«El general comandante en jefe.—Oudinot de Reggio.—Civitavecchia 26 de abril de 1849.»

No podia llegar mas á tiempo el socorro enviado por la Francia á los altos intereses del mundo cristiano. Las sociedades secretas se habian propuesto destruir de una vez y para siempre el mas espléndido y duradero monumento de Roma, cual es el Pontificado. La familia católica esparcida por toda la redondez del mundo temblaba, no por la ruina de la institucion divina apoyada y sostenida en la palabra de Dios que no puede faltar, sino por las amarguras del Jefe augusto del Cristianismo, y por ver convertida la ciudad privilegiada y santa, donde Pedro estableció para siempre su cátedra apostólica, en un pestilencial foco de impiedad. Tardárase algunos dias mas el arribo de las tropas francesas á Civitavecchia, y el mal que se deploraba hubiese tomado tales proporciones, que el remedio se hubiese hecho, si no imposible, al menos muy difícil.

En efecto, no bien se hubo verificado el desembarque del ejército francés, cuando se presentaron á la vista del puerto dos buques sardos conduciendo unos mil voluntarios que iban en socorro de los revolucionarios de Roma. Propusieron tomar tierra, lo que no les fue permitido por el comandante en jefe; y ellos por su parte no pensaron en resistir á aquel mandato, pues que la vista de la bandera francesa que ondeaba en los fuertes de Civitavecchia les hizo comprender que era perdida la causa de la revolucion.

El general Oudinot dispuso que una comision compuesta del teniente general de ingenieros Leblanch, el capitán de la misma arma Boissonnet y el Sr. Ferrand, teniente de Estado mayor, partiese para Roma con el objeto de presentarse al Gobierno republicano, y participarle la entrada de las tropas francesas en el territorio romano, y cuál era el objeto de la expedicion. Aquellos oficiales se cruzaron en el camino con Rusconi, ministro de Negocios extranjeros, que acompañado del diputado Pescantoni se dirigia á Civitavecchia, con el objeto de impedir el desembarque de las tropas. Quedaron dichos personajes confusos al enterarse por sí mismos de que los soldados franceses ocupaban la plaza, habiendo sido desarmadas las tropas republicanas, recogidos seis mil fusiles que se remitian desde Inglaterra, y rechazados, como antes hemos dicho, los voluntarios lombardos que se habian presentado en el puerto.

Al mismo tiempo el jefe del batallon Espivent de La Villeboisnet se habia embarcado para Gaeta con la honrosa mision de entregar una carta del General en jefe al Soberano Pontífice y despachos particulares á Mr. d'Arcourt y Mr. de Rayneval, ministros plenipotenciarios cerca del Santo Padre. Los primeros oficiales de quienes hemos hablado fueron recibidos en Civitavecchia por el general Oudinot, el cual, á las preguntas que aquellos le hicieron sobre el objeto de su expedicion y sus ulteriores proyectos, les dijo que no pensaba tomar resolucion definitiva hasta el regreso de los oficiales enviados simultáneamente á Roma y á Gaeta. Entre tanto el General en jefe cumplia un deber dirigiendo á los pueblos la siguiente proclama, obra, segun se cree, del Gabinete francés:

«HABITANTES DE LOS ESTADOS ROMANOS.»

«En vista de los acontecimientos que agitan la Italia, la república francesa ha resuelto enviar á vuestro territorio un ejército, *no para defender vuestro actual Gobierno, que nadie ha reconocido*, sino para alejar de vuestra patria grandes desgracias.

«No pretende la Francia atribuirse el derecho de arreglar intereses que son, antes que todo, los de los pueblos romanos, y que en todo lo que tienen de mas general se extienden á la Europa entera y al universo cristiano, sino que ha creído tan solo que por su posición estaba particularmente llamada á intervenir para facilitar el establecimiento de un régimen, igualmente alejado de los abusos destruidos para siempre por la generosidad del ilustre Pro IX y de la anarquía de estos últimos tiempos.»

Es indudable que á nadie podía ser desconocido que el objeto de la república francesa era restituir al Sumo Pontífice la plenitud de sus derechos soberanos, y acabar con la impía revolución que le había hecho abandonar su trono. Sin embargo, la proclama del general Oudinot, muy diplomáticamente escrita, no satisfizo por de pronto á nadie; pero ello es que, al manifestar que nadie había reconocido el Gobierno establecido en Roma, daba á comprender suficientemente sus ulteriores proyectos. Por otra parte, el Gabinete francés había ordenado expresamente al General en jefe que obrase con energía ante la resistencia *que tal vez* pudiese encontrar por parte de aquel Gobierno no reconocido por ninguna de las potencias de Europa.

El triunvirato, que continuaba en sus acostumbradas fanfarronadas, se proponía hacer los últimos esfuerzos, á fin de evitar que las tropas francesas penetrasen en la capital. Creyendo que para el logro de sus deseos era necesario el auxilio de los voluntarios lombardos, el ministro de Obras públicas Montecchi se presentó el día 26 al general Oudinot reclamándole, en nombre del Gobierno romano, que permitiese el desembarque de dichos voluntarios en Porto d' Anzio, y al mismo tiempo que se restituyesen las armas que se les habían recogido á su entrada en el puerto. Como quiera que se hacía muy dificultoso el regreso de los lombardos á su país ocupado por los austríacos, el General, con una generosidad que le honraba, accedió á la primera petición con la condición de que aquellos soldados no desembarcasen en los Estados pontificios antes del 4 de mayo; pero se negó resueltamente á la segunda. Verdaderamente fue una insensatez en Montecchi el hacer la petición de la restitución de las armas que se hubieran empleado en resistir al mismo á quien se le pedían.

Los oficiales enviados á Roma por el General en jefe se trataron con muchas personas, y tuvieron ocasión de conocer perfectamente cuál era el estado del país. La inmensa mayoría se hallaba consternada, y deseaba vivamente que renaciesen la paz y la tranquilidad. Un puñado de revoltosos rodeados de gente de diferentes puntos de Italia, que en su mayor parte no tenían que perder, mantenían en continua alarma á los pacíficos habitantes de la Ciudad eterna. Los oficiales del ejército francés conocieron que aquellos revolucionarios, en su mayor parte extranjeros, eran impotentes para hacer resistencia porque no les apoyaría la verdadera población romana, y que con la mayor

facilidad estallarían un movimiento reaccionario. No era, pues, necesario bombardear la ciudad para tomarla, cosa que hubiera sido muy sensible, tratándose de Roma, por la preciosidad de sus monumentos.

El general Oudinot fue minuciosamente informado de todo, y determinó no perder mas tiempo y marchar sobre Roma.

Una vanguardia se estableció en Palo, que media la distancia entre Roma y Civitavecchia.

El capitán Fabart confirmó mas y mas al General en jefe en su determinación de marchar sobre la ciudad: «Mi general, le dijo aquel oficial, he podido ver de cerca á los jefes de partido, y á pesar de su charlatanería estoy convencido que la intervención francesa será aceptada con el mayor reconocimiento por los Estados pontificios, si desde luego tiene lugar una enérgica demostración contra el hogar de la democracia italiana. Urge, pues, que nuestras tropas se presenten bajo las murallas de Roma.»

De los mismos sentimientos estaban animados los embajadores de Francia y de Gaeta. Ambos creían que la mayoría de los soldados romanos no deseaban medir sus armas con los soldados franceses, y por esto le instaban á que apresurase su marcha sobre la capital. «Adelante, general, escribía el duque Harcourt al general Oudinot, *es muy importante que apresureis la marcha sobre Roma*. Vuestra repentina é inesperada llegada ha llenado de pavor á los revolucionarios. Si dejais á los malvados de Roma tiempo para rehacerse de su primer espanto, prepararán medios de resistencia, y habrá efusión de sangre, que es necesario evitar á toda costa. En Gaeta desearían que fuésemos agentes pacíficos y no mediadores; no podemos evitar esta mala y mezquina posición sino *yendo en seguida á Roma*. Á pesar de las baladronadas romanas, no hallaréis resistencia en esta ciudad; la mayoría se declarará por vos desde el momento en que la llameis.»

Antes de emprender su marcha para Roma, el General en jefe pensó en asegurar la posesión de Civitavecchia, ciudad que había tomado por base de sus operaciones. Con este objeto nombró gobernador de la misma al coronel Blanchard, poniendo á sus órdenes seis compañías del centro del regimiento 36.º de línea, una sección del cuerpo de ingenieros y un destacamento de artillería. Con estas fuerzas la plaza quedaba suficientemente asegurada, y en seguida publicó la siguiente proclama:

«¡Soldados! No ignorais los acontecimientos que nos han conducido á los Estados romanos.

«Elevado apenas al trono pontificio, el generoso Pro IX se había conquistado el amor de todos sus pueblos tomando la iniciativa de las reformas liberales; mas un partido de facciosos, que ha sembrado el luto por la Italia toda, armábase en Roma á la sombra de la libertad.

«El Sumo Pontífice salió de sus Estados despues de un motin inaugurado con el asesinato impune y glorificado de su primer ministro.

«Bajo tales auspicios, y sin el concurso de la mayor parte de los electores, fundóse la república romana, cuya existencia no ha reconocido ningun Gobierno europeo.

«Desde mi llegada dirigí un llamamiento á los hombres de todos los partidos, esperando reunirles en una comun sumisión al voto nacional; mas el fantasma de gobierno que reside en Roma contesta con reiteradas bravatas á mis conciliadoras palabras.

«Soldados, aceptemos el reto y marchemos á Roma.

«Allí no hallaremos por enemigos ni á la poblacion ni á las tropas romanas, pues una y otras nos consideran como sus libertadores; solo tendremos que luchar con los refugiados de todas las naciones, que oprimen ahora este país, despues de haber comprometido en el suyo la causa de la libertad.

«Bajo la bandera francesa, por el contrario, las instituciones liberales recibirán toda la extension compatible con los intereses y las costumbres de la nacion romana.

«Cuartel general de Civitavecchia 27 de abril de 1849.—El general en jefe, Oudinot de Reggio.»

Preparadas todas las cosas necesarias para el mejor resultado de la empresa, el dia 28 de abril, á las seis de la mañana, se puso en marcha la columna expedicionaria, en el orden siguiente:

Brigada Mollière. Cincuenta cazadores del primer regimiento, que formaban el único destacamento de caballería que seguia entonces al cuerpo expedicionario.

El 20.º de línea.

El 33.º de línea.

La 13.ª batería del tercer regimiento de artillería.

La 3.ª compañía del segundo regimiento de ingenieros.

Brigada Levaillant (Carlos).

Cuatro compañías del 66.º de línea.

La 12.ª batería del tercer regimiento de artillería.

Una compañía de ingenieros.

El 29 de abril el cuerpo expedicionario se hallaba en Castel Guido, pueblo situado á diez y seis kilómetros de Roma. El General en jefe quiso conocer las disposiciones de las tropas romanas, y á este efecto envió al capitán Oudinot, su oficial de ordenanza, para que se adelantase con una escolta de cazadores de á caballo hasta las avanzadas de las tropas enemigas. Véase de qué manera refiere lo acontecido en este y el siguiente dia Mr. Alfonso Balleydier en su imparcial *Historia de la Revolucion de Roma*:

«El capitán llegó á un punto distante doce kilómetros de la ciudad, en el que, detenido por una avanzada, hizo alto para entrar en conferencia; mas sus palabras fueron contestadas con una descarga que desmontó á uno de nuestros soldados. La avanzada romana se replegó rápidamente despues de haber disparado sus armas, y por su parte el capitán Oudinot, fiel á las instrucciones que habia recibido, volvió sin pérdida de momento á dar cuenta del resultado de su comision. Á su llegada al cuartel general, el Generalísimo se hallaba rodeado de su Estado mayor, y al ver á su oficial de ordenanza, preguntóle: «¡Y bien! ¿qué quieren los romanos?—La guerra, contestó el capitán Oudinot; me han recibido á balazos.—Si tanto desean la guerra, replicó el General, la tendrán, mas debemos hacer todo lo posible para evitarla.» Este hecho aislado no destruyó todas las esperanzas de conciliacion, pues el duque de Reggio sabia por varios conductos que los romanos harian un simulacro de resistencia para dejar ileso el honor de sus armas. El dia siguiente, á las cinco de la mañana, pusieron las tropas otra vez en marcha con el mismo orden que la vispera, solo que formaba la cabeza de la columna el batallon de cazadores de infantería, apoyado por las compañías de tiradores del 20.º de línea: el calor era excesivo, y con objeto de evitar á la tropa un au-

mento de fatiga, dejáronse los capotes en Maglianella, bajo la guarda de una seccion del 33.º de línea, no conservando mas que sus mantas y sus morrales de campaña conteniendo la galleta y las municiones de guerra.

«El camino que seguian las tropas se divide en dos al llegar á mil doscientos metros del recinto murado de la ciudad; el de la derecha conduce á la puerta de San Pancracio, y el de la izquierda á la puerta Cavallegieri. La columna emprendió este último, despues de haber hecho ocupar sus alturas. Desde el reconocimiento del capitán Oudinot no se habia mostrado ni un solo enemigo; todos se habian abrigado detrás de sus fortificaciones.

«En aquel momento dejése oír un cañonazo, y un oficial que conocia las costumbres de Roma exclamó, mirando su reloj: «No es nada: es el cañonazo que señala mediodía;» mas en el mismo instante resuena una nueva explosion, y una bala traza un sangriento surco en las apretadas filas de la columna. ¡La guerra habia empezado! El General en jefe da sus órdenes sin pérdida de momento, y mientras los cazadores de á pié y los tiradores de línea se extienden en guerrilla, aprovechando todos los accidentes del terreno para ponerse á cubierto del incesante fuego de artillería, el jefe del escuadrón de esta arma, Bourdeaux, coloca una seccion de dos piezas sobre un soto distante novecientos metros y frente del baluarte cuyos tiros enfilaban el camino, y una segunda seccion, tambien de dos piezas, atravesando al galope, por entre los proyectiles enemigos, los arcos de un acueducto, se dirige á la derecha del camino, y toma posición á una distancia de trescientos metros del baluarte. Así colocadas, las cuatro piezas dirigen un fuego muy vivo sobre cuantos aparecen en la muralla, y tratan de desmontar los cañones enemigos, admirablemente servidos por artilleros suizos: durante este tiempo los regimientos 20.º y 33.º de línea se lanzan valerosamente hácia adelante en medio de una lluvia de balas para emboscarse en las viñas que cubren el ribazo, al mismo tiempo que los romanos en número de cuatro á cinco mil hombres mandados por Garibaldi hacen una salida y se introducen en la *villa* Pamfili, bajo el amparo de los árboles que protegen su movimiento. El objeto de esta salida era envolver las posiciones de los franceses y atacar la columna por retaguardia, mientras que el fuego de la plaza les ametrallaba por el frente. Una compañía de cazadores de á pié emboscada en un barranco imprimió en breve un movimiento de retirada al enemigo, el cual se refugió en varias casas vecinas é inhabitadas, de cuyo lugar les desalojaron, despues de experimentar sensibles pérdidas, algunas compañías del 20.º de línea lanzadas en aquella direccion. El fuego se habia empeñado por ambas partes con gran encarnizamiento, y por ambas partes tambien corria la sangre en abundancia. En la segunda seccion el teniente Pachon y algunos otros hombres caen mortalmente heridos; muchos jinetes quedan desmontados, y en aquel entonces el capitán Fabart exclama: «Mi general, anteayer reconocí un camino que conduce, sin estar expuesto al fuego de las murallas, á la puerta Angélica, donde debe estallar enérgicamente la demostracion preparada á nuestro favor.» No habia un momento que perder, y confiando el general Oudinot en tan positiva declaracion, manda con gran tranquilidad al general Carlos Levaillant que siga aquella direccion con dos piezas y parte de la brigada. Sin embargo, engañado por sus recuerdos, el capitán Fabart hace tomar á la columna un camino que no tardó en ser barrido por la artillería enemiga, cayendo aquel valiente oficial herido por cinco cascos de metralla. Cuatro ca-